

Los restos del tercer arzobispo de Buenos Aires Monseñor Castellano

Trasladados en San Javier, de su antigua tumba
al nuevo templo, erigido en su memoria

Grandiosas ceremonias – Oración fúnebre y discursos

(De nuestro enviado especial)



LOS DISCURSOS

Damos enseguida la oración fúnebre y discursos pronunciados sobre la tumba de Mons. Castellano:

Del Pbro. Doctor Juan Carlos Vera Vallejo

*“Ecce sacerdos magnus qui in die
bussuis Placit Deo et tempore ira
cundiae factus est reconciliatio” —
Eccl. XLIV __ 16-17 __*

“He aquí un gran sacerdote cuya vida
toda fue grata al Señor y que en las horas
aciagas se hizo nuestra reconciliación”

Ilmo. Señor:

Católicos:

Pocas veces han marcado tan visible
contraste en la muerte de un varón ilustre, la
grandeza de su personalidad con la obscura
pequeñez y la humildad de su sepulcro, como
tumba que hace veintidós años se abría en un
día como hoy, para dar piadosa sepultura al
tercer arzobispo de Buenos Aires, hijo preclaro
de Córdoba, doctor Uladislao Castellano.

Una fosa apresuradamente abierta en
el recinto de la vieja iglesia, un ataúd de tablas

sin cepillar y que no hubo con qué cubrir, cuatro velas que llorando en los ángulos destacaban aún más la pobreza de aquel féretro, una cruz abriendo sobre él sus brazos y las preces litúrgicas del sacerdote que oficiaba sin ministros, por no permitir otra cosa lo desmantelado de aquel templo; he aquí las exequias y el humilde sepulcro de tan ilustre varón que había llenado con su nombre medio siglo de la historia religiosa de su Patria, y como sol había brillado sobre el cielo de la Iglesia argentina.

Las campanas que otrora festejaron triunfalmente sus arribos al pueblo querido de San Javier; lúgubres habían anunciado y no cesaban de llorar su muerte inesperada; desde el viejo campanario los ecos se iban repitiendo en la montaña y prolongando sus lamentos de valle en valle y de monte en monte, para llevar a los moradores de todas estas serranías la triste nueva.

El telégrafo la llevaba también a todos los ámbitos de la república y desde la catedral de Buenos Aires que lloraba su viudez, hasta la última parroquia del más reducido villorrio de nuestra pampa, anunciaban al pueblo argentino aquella desgracia nacional.

Pueblo y clero, el excelentísimo gobierno de la Nación, los prelados y los gobiernos de las provincias, la iban recibiendo consternados y algo así como un espasmo de asombro y de dolor, se apoderaba de los espíritus a medida que se esparcía el conocimiento de tan triste nueva.

La prensa argentina la daba con el grito estridente de sus sirenas y sin distinción de ideas ni de partidos, enlutaba las columnas y hacía de ellas el más encumbrado elogio del hombre preclaro, que en aquel arzobispo de Buenos Aires, perdían la Nación y la Iglesia argentinas.

Fiel intérprete de su pueblo, el gobierno de la Nación le decretaba los más altos honores y en unión al Cabildo Metropolitano de Buenos Aires reclamaba, para su iglesia catedral la honra de su sepulcro, que debería abrirse allá donde recibiera el palio simbólico y el cayado que empuñaron los Escalada y los Aneiros, junto a la cátedra que ilustrara con sus luces y más aun, con el brillo de su celo y de sus virtudes sacerdotales.

Su sepulcro se abría entre tanto aquí, al pie de las mismas sierras que mecieron su cuna y perfumaron los senderos de su niñez; si

no hubo pompas, ni desfiles, ni los cortejos suntuosos, ni las honras fúnebres que correspondían a su alta investidura, tuvo en cambio el silencio pero conmovido cortejo de los amigos predilectos de su corazón, los buenos moradores de toda la comarca que con él heredaron de sus mayores, esa sencillez encantadora de sus almas transparentes y esa fe incommovible como el granito de sus serranías.

Ellos, en apiñada multitud formaron la mejor corona y no sabían retirarse de su féretro, que no abandonaron un momento durante toda aquella noche y parte del día, hasta que la tierra bendita de su iglesia de San Javier cayó sobre las cuatro tablas que acomodaron ellos con amor y rociaron con lágrimas. No era la catedral de Buenos Aires la que recibía sus despojos para guardarlos hasta el último día; lo era la iglesia de San Javier, la vieja iglesita colonial, donde sus mayores y él habían nacido a la vida de la fe y a la vida de la gracia, cabe los ojos de esa Virgen de los Dolores, que estas serranías también como todos, había consolado tantos.

No eran los prelados y los altos dignatarios de la Iglesia los que bendecían su sepulcro y hacían sus exequias, pero era sí los representantes de ese clero parroquial de Córdoba, que se había formado según el molde de su propio corazón, eran sus antiguos alumnos de su Seminario de Loreto.

Ninguna de las grandezas de la tierra brillarán en aquel sepulcro, pero nada más grande ni más sublime que ese mismo contraste de luz y oscuridad, de ocaso, en que bajaba a la tumba la figura incomparable de ese sacerdote cortado en el molde de los Funes y los Santa María, a quienes igualaba en patriotismo; de los Esquiú, cuyas luces y humildad emulaba en sus raras prendas; de los Castro Barros, cuya sangre y cuyo espíritu llevaba.

Nada más grande que ese contraste de los claros esplendores que pueden formar una aureola de gloria con el oscuro fondo de ese cuadro, en que no brilla una sola de las grandezas de la tierra, cual si el soplo de la muerte hubiera querido apagarlas todas, para que a los ojos del alma se hiciera visible el espíritu grande y humilde, a la vez, potente en su vuelo como el águila y sencillo como la paloma, como ternuras de niño y clarividencias de genio, alma grande de sacerdote que acababa de dejar la ligaduras de aquel cuerpo.

Ese mismo contraste de gloria y de pálido ocaso no era sino un trasunto de su vida toda, dijérase que aquella tumba abierta al pie de nuestras sierras y las flores silvestres de la montaña que la cubrían, eran la satisfacción de sus más íntimos anhelos y el mejor testamento de aquel corazón que para reclinar la cabeza cansada y darla al sueño eterno, como los niños buscan el regazo de la madre, buscaba él, el apoyo de sus montañas queridas y el eterno arrullo de nuestras plegarias y de sus hondonadas y sus bosques.

De vuestro Champaqui, airoso centinela que coronándose de nubes, alza su cabeza sobre las más altas cumbres y como un coloso vela el sueño de este nido de zorzales que sus mayores llamaron pueblo de San Javier, solía decir el doctor Castellano con la ingenua poesía que dejaba traslucir las elevaciones de su espíritu: "Es la primera maravilla de Dios a que se han abierto mis ojos".

Fue también la última que contempló al cerrar sus ojos para no volver a abrirlos sino a la gloria del Tabor, donde Jesús, todo su amor y el objeto de su vida, le ha relevado ya grandezas y cumbres resplandecientes y maravillas sin ejemplo, que, al decir de San Pablo, su mejor maestro, ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni lengua humana pudo jamás explicar.

Por eso más que duelo, parecen de gloria estas exequias y esta solemne conmemoración con que la iglesia celebra hoy su día aniversario, como el recinto obscuro de las catacumbas lo celebran sobre las tumbas de sus mártires.

Y algo más que aniversario conmemoración: la gratitud de los suyos, la devoción de sus admiradores y la justicia discernida por la Iglesia, cuando el viejo templo que guardaba sus cenizas, parecía ceder al paso de los años, han creído que era el momento de dar a esos despojos más honrosa sepultura, bajo las bóvedas airoas de este templo nuevo y flamante, erguido cual monumento a su memoria.

La iglesia acostumbraba honrar la traslación de sus mártires con el elogio de sus virtudes y por eso en nombre de mi prelado y de mis hermanos de sacerdocio vengo yo también, a tejer sobre este monumento si no el panegírico de aquellos que la iglesia honra en sus altares, el elogio sin reticencias, amplio y completo de los hombres evangélicos cuya vida inmaculada se abre sin un repliegue a

nuestras miradas, hombres extraordinarios que cuando la noche se ha hecho para todos, brilla todavía como las altas cumbres bañadas por el sol y parecen agrandarse con el transcurso del tiempo.

No debiera ser mi palabra la que resonara en este recinto, donde parece anonadarse en su misma debilidad.

No debiera ser yo quien ensayara el elogio de tan grande sacerdote y en tan solemne ocasión. Extraño puedo decir a este consenso e incapaz de los altos vuelos que parece exigirme mi cometido, no traigo a esta cátedra otros títulos que la voluntad de mi prelado, para mí un mandato y el hecho de constituir aquí una continuación de aquel Seminario de Loreto, cuyo rectorado honró Castellano durante veinticinco años con sus luces, con sus virtudes y con sus sacrificios.

Brillan ellos por luz propia y forman el más acabado elogio de los grandes pontífices como los Ambrosio, como los Francisco de Sales, como los Atanasio, como los Carlos Borromeos, varones evangélicos cuyas vidas inmaculadas son para la humanidad timbres de honor y ejemplo de lo que la gracia puede obrar en la deleznable naturaleza de los hombres; pastores que incapaces de pensar en sí mismos nunca titubearon en ofrecer y sacrificar la vida de sus ovejas.

Parecen escritas también para Uladislao Castellano cuya vida sin una mancha y ajustada siempre a las inspiraciones del Evangelio es un nuevo blasón de gloria para el clero católico y para el clero argentino, que como en terso espejo puede mirarse en su vida: pastor humilde y abnegado, según el corazón de Dios, que amante de su rebaño hasta olvidarse de sí mismo quiso ser símbolo de paz, reconciliación y hostia propiciatoria por sus hermanos que eran al mismo tiempo las ovejas de su rebaño.

Los grandes sacerdotes formados según el corazón de Dios, suelen ver como Samuel el fruto de huertos escogidos, santificadas por la piedad y cuyo ambiente perfumado con efluvios de pureza y de virtud constituye el mejor abrigo de los que el señor escoge y llama para sí.

De esos huertos era el hogar de los esposos Castellano Castro, allá en la primera mitad del siglo diecinueve.

Con la nobleza de la alcuernia habían traído ellos al patrimonio familiar un tesoro de fe más precioso que el escaso oro de sus arcas y una tradición legendaria de honestidad, de sencillez y de hidalguía que ha sido el distintivo de su hogar, y que no han desmentido aún los vástagos de su alcuernia.

Ni es extraño que así fuera, si en la familia de aquél sacerdote, el doctor Pedro Ignacio de Castro Barros orgullo de mi provincia y la gloria más pura del clero argentino había buscado don Javier Castellano de la más rancia nobleza de Córdoba, la madre para sus hijos. Llevaban éstos sangre altiva y generosa de mis montañas del Velasco entronado sobre vuestras sierras en el viejo tronco Castellano que lo era de nombre y de verdad. En este huerto cerrado y solitario había terreno apto para que la gracia manifestara su poder y su benéfica influencia sobre las almas bien nacidas y sobre los brotes tempranos cuya sabia tiene el frescor de la pureza y el empuje de las vidas que Dios bendice.

Como un lirio en huerto cerrado, brotó un día y abrió sus pétalos a los efluvios de la gracia, el alma pura y angelical de un niño que Dios había predestinado para sí.

Uladislao lo llamaron en las fuentes bautismales de la vieja iglesia de San Javier. La estola de la inocencia que allí le entregaron, al salir regenerado de las aguas del bautismo, había de conservarla y la conservó, sin duda intacta en todos los días de la vida, como el blanco palio que adornaría más tarde sus hombros de Pastor tejido con el vellón de los blancos corderitos que guarda Inés, la virgen inocente en su huerto de lirios.

La naturaleza y la gracia continuaron desde entonces su obra de consuno.

De índole apacible, de prodigiosa memoria y de ingenio vivo y despierto el niño Uladislao pudo, no obstante sus pocos años, dar buena prueba de sí en el verdadero examen de teología que se exigía entonces a los niños antes de admitirlos a los sacramentos de la confesión y eucaristía.

La iglesia de San Javier fue también el escenario de aquel encantador acto en que Jesús, bajo los blancos velos del Sacramento, se apresuraba a sacar las ansias de su alma sedienta de gracia y enamorada de las cosas de aquel corazón, que no había sido hecho

para ninguna de las cosas de la tierra por inocentes y puras que ellas fuesen.

Bien a las claras lo manifestaba Uladislao hasta en sus juegos de niño. Su mayor entretenimiento consistía en levantar altares y en reunir a los pequeños de la servidumbre y del vecindario bajo el pórtico de la vieja iglesia para darle allí con gravedad y competencia superiores a su edad sus lecciones de catecismo. Retraídos de fiestas y reuniones que no fuesen las de sus amados padres, huraño casi a las diversiones de la sociedad en que parecía encontrarse como fuera de lugar; fue insensible el tránsito con que su corazón pasó de la inocencia del niño a la recatada y solida virtud del joven que sin pensamientos en los atractivos de la tierra ha resuelto buscar solo en Dios el amor de sus amores.

Espontanea y natural tuvo que ser también la atracción que sobre él ejerciera desde entonces el santuario a cuyo retiro lo llevaron sus padres como a nuevo Samuel, que debía allí escuchar, niño todavía, clara e inconfundible la voz de Dios que le señalaba su meta y su futuro destino.

El Seminario de Loreto que acababa de abrir nuevamente sus puertas a la juventud estudiosa, después de los días aciagos del caudillaje, fue el bendito solar donde Castellano trasplantado del apacible retiro de sus montañas, había de crecer en sabiduría y en gracia bajo la pródiga tutela de sus maestros que, como en el templo de Jerusalén velaban sobre su juventud y le transmitieron su propio espíritu para que fuese sacerdote como ellos.

En este caso como en el bíblico el pequeño Samuel, estaba destinado a ser predilecto de las inspiraciones divinas, el levita cuyos labios destilasen sabiduría, el heredero de las tradiciones de su pueblo y del sacerdocio de aquel templo y más grande aún que sus maestros.

Dotado en efecto de las más raras prendas de ingenio y de carácter, él fue el heredero de aquel espíritu eminentemente sacerdotal, que había sido el destinatario del clero de Córdoba, patriota a la vez, sabio y austero.

En él despuntaba la brillante tradición del clero colonial y patricio que fue lustro y orgullo de la Córdoba doctoral y él había de ser anillo de oro que lo uniese con el clero de Córdoba, cuyas modalidades que se diseña-

ban ya en aquel período evolutivo de nuestra nacionalidad, no habían de desmerecer los méritos del antiguo.

Que aquel joven sacerdote, recién egresado de los claustros del Seminario y de las aulas de la casa de Trejo, era un espíritu superior y se diseñaba ya con todas las promesas del más espléndido porvenir, debieron comprenderlo desde los primeros años del ministerio, sus prelados, sus contemporáneos y sus hermanos de sacerdocio que en el doctor Castellano encontraron ya desde entonces y durante toda su larga y brillante carrera sacerdotal, el candidato indicado "*primus inter pares*", para los más delicados puestos del ministerio, de la cura de almas, de la cátedra universitaria y de la curia episcopal.

En el tribunal de las conciencias, en la prensa católica y en la cátedra, el doctor Castellano fue también sacerdote modelo y distinguido que la sociedad de Córdoba admiraba, y señalaba sin ambages como el noble abanderado de su clero, que hacía reverdecer sobre su frente los laureles de los grandes clérigos de antaño y como una evocación de Castro Barros que revivía en su sangre y en su figura de sacerdote patricio, honraba su sotana con todos los prestigios de la alcurnia, de la distinción, de la virtud y de la ciencia.

Sin ser elocuente ni culto en bellas letras, su palabra tenía la autoridad de los maestros y la unción de los santos.

Su memoria prodigiosa que ha sido proverbial y su erudición de hombre de estudios como pocos lo constituyeron el primer cronista de su tiempo, y en materia de liturgia se consultaba como un libro su rara preparación.

Es así como fue notable y de indescribible eficiencia su paso por el claustro universitario, por la predicación y la polémica, por el venerable senado de la diócesis que lo contó largos años entre sus miembros más distinguidos y por los más altos puestos de la administración diocesana a que lo llevó la estimación bien justificada de los prelados y el voto de sus colegas.

Pero en ninguna parte fue más honda e imborrable su huella, ni más largo y meritorio su sacrificio de consagración absoluta al bien de su diócesis y de su pueblo, que en aquellos cinco lustros de su permanencia al frente del Seminario de Loreto.

No soy yo el indicado para ponderar lo que significa tan larga consagración, pero me son conocidas las dificultades que es necesario vencer, las responsabilidades que es preciso afrontar, la dedicación y el trabajo de todas las horas que puestos de esa clase exigen y hasta los sinsabores y las espinas que no es raro encontrar en ellos, para señalar esos veinticinco años de rectorado del entonces Colegio Seminario de Loreto como la página más bella, más luminosa y silenciosamente fecunda con que el doctor Castellano mereció bien de la iglesia de Córdoba y de la República.

Que hablen por mí los sacerdotes que en cinco lustros salieron de aquella casa, formados en el molde inconfundible de nuestro clero, que hablen por mí los beneméritos pastores de almas que en las inmensas parroquias de épocas no lejanas, todavía esparcían el tesoro de su segura doctrina y de evangélicas virtudes que a la sombra del doctor Castellano atesoraron; díganlo sus discípulos y las largas generaciones de alumnos que de aquellos claustros lauretanos se bifurcaban a todas las carreras y a todos los ámbitos de la república; díganlo cuantos han brillado más tarde en las filas del clero con el esplendor de sus virtudes y la luz de sus talentos, hijos todos del sacerdocio de aquel gran sacerdote cuya vida era una lección y una escuela y que podía presentar la larga serie de sus hijos y herederos de su espíritu como las mejores joyas de su corona y los más claros blasones de su meritoria carrera; en esa corona es donde se engarzaron después los nombres de prelados santos e ilustres que como los Padillas y los Lastras y los Yañiz; para no hablar sino de los ausentes, en el doctor Castellano reconocieron siempre con legítimo orgullo el padre y el maestro.

Vicario capitular en varias vacantes, vicario general de los obispos de Córdoba que se sucedieron en aquella época. Prelado y protonotario apostólico de su Santidad que se apresuró a premiar sus méritos, delegado de sus prelados para la delicada y ardua tarea de practicar por ellos la visita a las más apartadas comarcas de la diócesis, su personalidad se destacaba desde hacía tiempo, como la del primer sacerdote de Córdoba y todos querían la mitra para su fuente, aureolada ya con los esplendores de su sabiduría y de sus evangélicas virtudes.

Así lo demostraron más de una vez sus preladados, así lo manifestó el honorable senado de la Nación que incluyó su nombre en todas las ternas de aquella época hasta que en 1892 cupo a monseñor Toro, la gloria de satisfacer tales anhelos, obteniendo que el gran León XIII elevase al doctor Castellano a la sede titular de *Aukialo* y le entregara al mismo tiempo que al doctor Castro, el cayado de los pastores para que secundase a su venerable obispo y en el cuidado y solicitudes de la inmensa grey.

Era lo que la providencia, que rige invisiblemente la suerte de los pueblos, tenía reservado a monseñor Castellano para más alto solio y el ángel de la iglesia arzobispal de Buenos Aires lo esperaba para poner en sus manos, tres años más tarde, el cayado que sostuvieran con tanto honor los Escalada y los Aneiros.

Eran días aciagos aquellos en que del lado de los Andes, negros nubarrones se levantaban sobre el horizonte de la patria, con la amenaza de una guerra que parecía inevitable y que habría desangrado lastimosamente a dos pueblos capaces de luchar como leones.

Castellano quiso ser entonces la reconciliación de ambos. El blanco vellón de los corderillos sin mancha que había que echarse sobre los hombros, sin una gota de sangre que no toleraba su corazón corriese entre dos pueblos hermanos, fue el símbolo de la paz y el acercamiento y el abrazo que en persona de sus dos arzobispos se daban finalmente Argentina y Chile, dirimiendo amistosamente sus contiendas para el bien de América y ejemplo del mundo. *“Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo et in tempore iracundia factus est reconciliatio”*

Con esa prudencia y ese tacto de la más elevada política, fundada en los principios de Evangelio, monseñor Castellano quiso recibir de manos del Exmo. Metropolitano de Santiago de Chile al palio arzobispal, insignia simbólica de su dignidad que era también un símbolo de la vida en la blancura inmaculada de sus franjas, tachonadas por la insignia de la cruz sobre sus hombros y sobre su pecho.

Era él el gran sacerdote cuyo paso por el llano y por las más altas cumbres brillaría siempre como una estrella de luz y que en los días aciagos, sabría abrazarse con la cruz y dar la vida por su rebaño. *“Face sacerdos qui in tempore iracundie factus est reconciliatio”*.

No había de ser largo su paso por aquellas cumbres y apenas si tenemos tiempo de verlo brillar en ellas, con aquella grave prudencia de los ancianos de Israel, con aquella mansedumbre proverbial de su corazón de niño, con aquella santa simplicidad del Evangelio que si tenía ojos de paloma no le faltaban alas de águila para afrontar decididamente las cumbres.

Apenas si tenemos tiempo de verlo amaestrar su pueblo y su clero con la sabiduría y unción de sus pastorales y dar amplitud a su Seminario y hacerlo la niña de sus ojos y crear nuevas iglesias y dar nuevos pastores a la dilata jurisdicción argentina y acercar a nuestro gobierno a la sombra benéfica del Vaticano, cuyas relaciones amistosas logra felizmente restablecer y brillar, finalmente, con su luz propia e inconfundible en aquella magna asamblea de preladados que constituyeron el primer Concilio Plenario de la América Latina, de cuya presidencia participó.

Debido a su fino tacto y a la reconocida superioridad de sus talentos, pocas veces han sido tan cordiales las relaciones entre la Iglesia y el Estado como en aquellos años en que le cupo a monseñor Castellano ser el jefe de la iglesia argentina, estimado en su justo valor por nuestros hombres de gobierno y respetado como un oráculo por sus hermanos en el episcopado argentino.

No se hallaba bien sin embargo, su natural modesto y sencillez en aquellas alturas que creía superiores a sus méritos; la índole de su carácter lo atraía irresistiblemente al ambiente de su Córdoba colonial y al apacible retiro de sus sierras donde tenía sus delicias en seguir evangelizando a los pobres y a los pequeños; *“evangelizare pauperibus missit me”*; como lo decía con espíritu apostólico el lema de su escudo episcopal.

En sus arduas pero consoladoras tareas de evangelización a las poblaciones de estos curatos de la sierra, en que invertía el tiempo dedicado a su descanso estival, lo sorprendió la muerte en aquel verano aciago de 1900; digo mal, no lo sorprendió, porque el santo arzobispo estaba preparado para ella y la presentía y la deseaba, como el padre desea una muerte que cree la salvación de sus hijos, como la desea el pastor que ofrece y da la vida por sus ovejas.

Días aciagos eran aquellos de un verano desolador y asfixiante, en que a la sequía de los campos se unía el paso de la muerte que, inesperadamente y de improviso, iba cegando vides al paso de soles caniculares y de días de fuego nunca vistos.

Ante el pánico y la amenaza que sobre la república y sobre Buenos Aires, principalmente se cernía, si aquellos días continuaban, es creencia general justificada por más de un indicio, que el santo obispo ofreció a Dios su vida en holocausto por su rebaño, como Carlos Borromeo la ofrecía también por el suyo.

Y Dios la aceptó y la ira divina levantó su brazo y por nuestros pecados la misericordia aceptó la ofrenda y los méritos del pastor santo formado en el molde del corazón de Cristo, que a semejanza de su maestro quiso dar la vida por sus ovejas. *“Ecce sacerdos magnus, qui in diebus suis placuit Deo et in tempore iracundiae factus est reconciliato”*.

Para coronar su peregrinación sobre la tierra solo faltaba este acto que se diría un reflejo sobre la tierra de las claridades que ha contemplado su alma en cumbres inaccesibles, desde donde el sol de la gloria ha empezado ya a disipar las nubes y las obscuridades de su sepulcro para dejarnos vislumbrar a nosotros el esplendor de la corona de justicia que tenía Dios preparada para sus méritos de sacerdote y de pastor.

Un templo levantado a Dios para coronar su sepulcro, el piadoso homenaje de sus admiradores y de sus hijos en el Señor que han logrado al fin un sepulcro digno de sus cenizas, el amor entrañable y el santo celo de un sacerdote hijo suyo también y que no necesita nombrar porque su nombre está escrito en cada piedra de este templo, una corona de preladados y sacerdotes de su arquidiócesis de Buenos Aires y de su diócesis de Córdoba para bendecir su sepulcro y colocar sobre él la ofrenda de la admiración y de la más imperecedera gratitud y en torno a ellos ese pueblo inconfundible de San Javier y su comarca, que

él tanto amó y cuya nueva parroquia de reciente creación, se diría, la primera flor brotada sobre la tierra removida de su sepulcro como una prenda de sus bendiciones sobre el solar bendito de sus mayores : ¿ Qué mejor apoteosis a su memoria, qué mejor glorificación de su nombre y aquí precisamente donde hace veintidós años reclinaba la cabeza sobre el regazo de sus tierras y en la mayor obscuridad se inmolaba por la salud de sus hermanos y por la vida de su rebaño?

Todo lo que él amó y cultivó con sus sacrificios sobre la tierra, tiene aquí su representación; por eso también, mi voz junto con eco de mi provincia natal que fue también tierra de sus mayores y que el regó más de una vez con sus sudores de apóstol, ha debido ser aquí el homenaje pálido pero hondamente sentido de aquel Seminario de Loreto, que fue la casa de sus predilecciones y cuyos hijos de hoy han traspuesto, como antaño, esas serranías para venir a rodear conmigo el sepulcro de quien es el padre de todos.

Caiga ya sobre esa losa la última bendición del pastor que heredó de sus virtudes, apacienta hoy nuestro rebaño y con él unamos nuestra oración para que el sacerdote santo, cuya vida fue siempre grata al Señor y que en los días aciagos se hizo hostia expiatoria por su pueblo, goce sin término y sin medida en la gloria inenarrable preparada a los limpios de corazón que llamados a la mies del apostolado y a la prueba del sacrificio fueron siempre sus ciervos fieles. Resuenan en su oído y brilla sobre sus sienes aquella voz del Señor anunciada en las promesas indefectibles de su Evangelio: *“Euge serve bone et fidelis; quia supor pauca fuisti fidelis. Supra multa te constituam: intra in gaudium Domini tui”* “Paz y gloria sobre la tumba siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en la tierra sobre cumbres inaccesibles de gloria colocaré tu solio ; entra en el gozo del Señor”.

“Lux perpetua luceat ei, cum santi tuis in aeternum quia pius es”.

Del presbítero Juan Viacaba

Illtmo. y Rmo. Señor, señores;
El V. Cabildo Metropolitano de Buenos Aires me ha discernido el altísimo honor de

nombrarme su representante en este acto dándome la honrosa comisión de colocar en su nombre, esta placa en el sepulcro del Exmo.

Señor doctor Uladislao Castellano, tercer dignísimo arzobispo de Buenos Aires.

El V. Cabildo quiere con esta ofrenda testimoniar los sentimientos de respeto y veneración profunda que conserva por el bondadoso prelado que durante su breve paso por la sede arzobispal, dejó huellas imborrables, de sus ejemplos de humildad, desprendimiento y caridad y en sus patrióticas gestiones para afianzar la paz entre naciones hermanas.

Han transcurrido ya muchos años desde el día de la sensible muerte del ilustre arzobispo, pero no ha pasado con ellos su memoria y puedo asegurar sin ser exagerado, que en Buenos Aires se conserva su recuerdo como si ayer hubiera muerto, en el clero que edificó con sus virtudes y guió con su prudencia, en los fieles para quien tuvo siempre sentimientos paternales, y en los pobres sobre todo, para quienes fue, puede decirse con verdad, verdadero paño de lágrimas, habiendo cumplido al pie de la letra el lema de su escudo episcopal: “*evangelizare pauperibus misit me Dominus*”.

Buenos Aires no podía permanecer indiferente ante la traslación de estos restos venerados de su tercer dignísimo arzobispo, y por eso envía su representación con este bronce que en lo duradero de su materia, quiere significar lo perdurable del recuerdo del amado Pastor, en los hijos de la arquidiócesis.

Fortuna grande para mí, señores, la de haber sido honrado con esta designación. Fui el primer sacerdote por él ordenado en la ciudad de Córdoba, en la iglesia del Pilar, de tan gratos recuerdos; traté íntimamente mucho tiempo al llorado arzobispo; me distinguió siempre con su benevolencia; fui testigo de muchos actos de virtud y recibí siempre de su bondad consejos prudentes y paternales.

Hoy me cabe la dicha de formar parte de esta demostración justiciera; elevo mis pobres plegarias, con las vuestras fervorosas, y al sufragar por su alma buena, por si lo hubiera menester, le pido para la iglesia argentina santos y sabios, prudentes y esforzados, celosos, apostólicos y caritativos como el Exmo. Monseñor Uladislao Castellano.

Del ilustrísimo señor obispo Luque

Venerables sacerdotes, mis amados fieles:

No quisiera prolongar por más tiempo esta fúnebre ceremonia y la dolorosa tensión que sin duda embarga en estos momentos todos los espíritus, pero, permitidme solo pocas palabras que sirvan de desahogo a mi alma atribulada, y que sea el último humilde homenaje que tribute a estos despojos sagrados de mi amado rector y maestro el egregio arzobispo de Buenos Aires, monseñor Castellano.

La diócesis de Córdoba, a quien monseñor Castellano consagró los más fecundos años de su vida, con ellos todas las energías de su espíritu selecto y todas las ternuras y delicadezas de su alma de apóstol, tenía para con él una deuda que aún no había satisfecho.

Hoy me cabe a mí el honor y la dulcísima satisfacción de dar cumplimiento a aquel compromiso sagrado, presidiendo en mi carácter de gobernador de esta ilustre diócesis, esta ceremonia de la traslación de los queridos restos del llorado arzobispo desde el lugar ya

inadecuado donde descansaban, hasta esta iglesia parroquial del nuevo curato de San Javier creado, entre otros motivos graves, para honrar su memoria.

Y es justo hacer notar aquí que ha facilitado grandemente este propósito, la filial y piadosa iniciativa y la eficaz actuación del dignísimo sacerdote metropolitano presbítero Sebastián Monteverde, quien, con su desinterés y celo que le honran, inició y continuó hasta donde le fue dado, la construcción de este templo.

Bien sé, señores, que no es esta humilde fosa el artístico mausoleo destinado a guardar las cenizas de tan esclarecido sacerdote y que, socialmente hablando, tal vez, se estime que desdice de sus insignes merecimientos, pero imagino que desde la altura de los cielos él nos sonrío y nos bendice en estos momentos, agradeciéndonos que no se haya pensado en otra cosa que en este sencillísimo sarcófago, tan en armonía con las características de su vida tan profunda y encantadoramente humilde y modesta.

En nombre, pues, de esta diócesis que este ilustre muerto tanto amó, que edificó con sus excelsas virtudes y que sirvió con tantos sacrificios, tanta abnegación y tanto celo, deposito en esta fosa esta urna funeraria que guardará, en el apacible y misterioso silencio de esta casa de Dios, a los pies del Jesús Sacramentado, los restos venerados de este varón esclarecido, honra de nuestro pueblo y la más preciosa flor de nuestro clero.

Venerable sacerdotes: que el recuerdo de sus grandes virtudes sacerdotales viva siempre fresca en nuestras almas, y nos sirva de estímulo y modelo en los tiempos de lucha tan calamitosos que atravesamos, y en que tanto se necesita en nosotros la pureza y santidad de vida y el templo de espíritu lleno de suavidad y fortaleza que distinguieron al venerable metropolitano monseñor Castellano.

Y vos, nuevo párroco de esta feligresía, y vosotros muy amados fieles en especial los que habitualmente residís en las cercanías de

este templo, guardad cuidadosamente esta fosa; venerad vosotros y enseñad a las generaciones que se suceden a amar y venerar estos despojos sagrados; enseñadles que aquí yacen los restos bien amados de aquel insigne apóstol que tantas y tantas veces cruzó estas, entonces, muy apartadas regiones de nuestras sierras, predicando el evangelio y derramando todo bien, y no dudéis que él desde el cielo, ha de seguir amando y bendiciendo este retazo de suelo, que fue como un pedazo de carne de su corazón.

Señores: yo me inclino venerante ante estos restos queridos e inolvidables, y desde el fondo de mi alma formulo mis votos porque la tierra les sea leve, porque duerman tranquilos bajo las bóvedas de este nuevo templo, por él tan anhelado, en este sitio de su predilección, a las sombras de estas rocas perfumadas, hasta que llegue el día de su resurrección para vivir la vida de la feliz inmortalidad.

Transcripto por www.capillasytemplos.com.ar el 09 de julio de 2016.



Las dos Iglesias de 1922 - Foto Gustavo Zerbínato